

## CATEGORÍA Y ANÉCDOTA DEL TORO BRAVO

José María Medina Vilallonga



**C**onociendo Adolfo Bollaín, presidente de la Peña «Los de José y Juan», mi amistad durante treinta años con este último, así como el haber vivido en ambiente taurino entre ganaderos, toreros, aficionados y gente del toro, como se dice en el argot taurino, me pidió que diese una conferencia en dicha Peña. Mi primera contestación fue un no rotundo, no sirvo para esto, pues no sé hablar en público, mi español es malo y mi acento peor, tanto es así, que encontrándome en Londres, conocí a un inglés que hablaba nuestro idioma correctamente y después de charlar con él, éste le preguntó a mi mujer: «¿Qué dialecto habla su marido?».

Después de la negativa, empecé a recordar anécdotas y sucesos, porque se da el caso de que los viejos no recordamos lo del día anterior, pero sí lo hacemos con perfecta lucidez en cosas pasadas hace cincuenta años. Así que hice la señal de la cruz, como hacen los toreros al empezar el paseo, y dije adelante, que sea lo que Dios quiera.

Antes de empezar, quiero aclarar varias cosas: la primera que no considero lo que voy a decir una conferencia como se dice en el programa, es sólo una charla más propia

---

<sup>1</sup> Texto de una conferencia pronunciada por José María Medina Vilallonga en 1985, dentro del XXVIII Cursillo de Conferencias de la Peña «Los de José y Juan», en *Homenaje a don José Montes Íñiguez*.

para hablarla en el café entre amigos que aquí ante ustedes; segundo, el tema tampoco es en realidad el dicho en el mencionado programa, el verdadero título debiera ser copiado del nombre de un interesantísimo libro del Conde de Romanones *Pensamientos y Recuerdos*. Su tema era la política, el mío modestamente es una narración de hechos y cosas vividas y oídas sobre temas taurinos en mis muchos años de vida. Esta charla, es mi intención, aunque no sé si lo conseguiré, que sea una faena variada y huyendo de la monotonía, comparándolo con una faena diría que va a estar formada por distintos pases. Primero, teorías sobre el toro y la fiesta: naturales y de pecho; segundo, anécdotas y recuerdos sin tanta profundidad, ayudados por altos y molinetes, y por último, bastante toreo por la cara, aliviándome con anécdotas graciosas, unas más y menos otras. Lo que me van a perdonar, es que no meta lo del salto de la rana.

Tratándose de la Peña de estos dos colosos, me parece oportuno empezar por describir en unas pinceladas la Sevilla de 1917 y el ambiente taurino que se vivía fuera de la plaza.

Yo residía en la calle Trajano, entre la Alameda de Hércules (donde tenía su casa *Joselito*), y la Campana, centro de la Sevilla de aquella época.

Al salir de casa, era muy frecuente cruzarse con *Joselito*. No había que preguntar si era torero, pues reflejaba su profesión de la cabeza a los pies.

Se llegaba a la Plaza del Duque, donde se veía a los chiquillos jugando al toro, como se decía entonces, unos con capote, otros con muleta, y el que hacía de toro embestia con una cuerna. Al que le largaban esta misión estaba siempre disgustado y lo pagaba dando coladas y derrotes que hacía que los improvisados toreros tuviesen que aprender a defenderse. Entrabas en la Campana, allí había una gran tienda de jugue-



*Rafael Gómez el Gallo*  
*4 de Octubre - 1948*

Fig. n.º 16.- «A mi querido y distinguido amigo José María Medina. El suyo». Dedicatoria de Rafael Gómez el Gallo, el 4 de octubre de 1948, al autor de este artículo (Fotografía cedida por el autor).

tes, donde en lugar de exponer, como harían en la actualidad, cañones y tanques, había en la entrada una panoplia con capotes, muletas, espadas y monteras; en el escaparate, juguetes de toreros de plomo, caballos de picar y toros. En la otra esquina de la Campana, había un casino que por su forma redonda y acristalada le llamaban La Fiambrera. Por las mañanas a última hora se veía siempre sentado en un sillón a un ganadero afincado en Sevilla, de origen bilbaíno llamado Félix Urcola (tío Félix para nosotros, pues era primo de mi madre), íntimo amigo de *Joselito*, y que tenía por costumbre los días de corrida, recoger a José y llevarle en su coche tirado por cinco jacas alazanas enjaezadas a la andaluza.

Siendo yo un niño, estaba esperando desde la ventana el paso de José yendo a la plaza. De esto hace sesenta y ocho años y me parece estar viviéndolo. Era un espectáculo verlo pasar, José a la derecha con el capote de paseo en el hombro; a su lado el ganadero Urcola con su enorme sombrero a lo "Pipo", todo ello acompañado por la música de los cascabeles y el sonar de los cascos de los caballos en los adoquines. Momentos antes habían pasado los picadores montados en sus escuálidos caballos.

Sevilla vivía la fiesta.

Voy a contar un par de anécdotas del ganadero Urcola: Se pasaba la vida diciendo que todo lo suyo era lo mejor, la bravura de sus toros, lo gordo que los ponía, su coche de caballos, las cosechas que producía su cortijo, etc. Un verano, estando en Bilbao, sus amigos le pusieron en broma un telegrama. «Muchos fuegos en las fincas, el de tu cortijo el mejor».

Según Juan Belmonte, los toros de Urcola por su casta y lo fuerte que los cría, eran de las corridas más duras de la época.

La otra anécdota: Estando sentado en el casino al que he hecho referencia anteriormente, con su gordura, sombrero

y en conjunto su enorme volumen, se paró ante los cristales una gitana y después de golpear el cristal varias veces hasta que Urcola le dijo muy enfadado:

«— ¿Qué pasa?

Esta, señalando el cristal, a gritos le preguntó:

— ¿Es de aumento?».



Fig. n.º 17.— «A mi estimado amigo José María Medina como recuerdo de la corrida del Centenario. Firmado Pepe Luis Vázquez». Dedicatoria de Pepe Luis Vázquez al autor de este artículo (Fotografía cedida por el autor).

Enfrente de este casino estaba uno de los cafés de Sevilla donde se reunían labradores, tratantes y taurinos. Las broncas entre joselistas y juanistas estaban a la orden del día. ¡Pensar que, mientras los partidarios de estas dos figuras se tiraban los trastos, José y Juan, según decía siempre este último, eran amigos y cada uno aprendía lo mejor del otro!

Todo este ambiente estaba amenizado por la música de los pianillos (organillo para los madrileños) tocando pasodobles.

Al pasar por la calle Tetuán en el ventanal del café Nacional, aparecía siempre la figura tan atrayente del padriño de *Joselito*, siempre de corto, se llamaba Juan Antonio Jacobo, y lo mirábamos todos con simpatía al pasar.

Seguíamos nuestro caminar hasta el Paseo de La Palmera y se cruzaba uno con los hermanos Miura, Antonio y Pepe, todos los días iban a caballo de traje corto desde su casa al coruñe de Cuarto, donde tenían sus toros. También se veía a toreros y aficionados andando y corriendo para hacer piernas como se decía entonces (aún no habíamos llegado a la gimnasia). Éstos llevaban un pesado bastón de hierro para fortalecer brazo y muñeca y poder andar con facilidad con el peso de la espada y muleca durante toda la faena. El certificado no existía entonces.

Como personas típicas de aquella época, diré algo de dos mozos de espadas: Antonio el del lunar (luná, para los sevillanos) y Brajeli. El primero de Rafael *el Gallo*, el segundo de *Joselito*. Contrataron a Rafael para torear una corrida en Galicia, cuando llegaron estaba lloviendo y hacía una temperatura que para un sevillano era poco menos que de invierno; Antonio el del lunar se quejaba y decía: «Esto nos pasa por venir a toreá a la vera de Cuba».

Brajeli era un personaje clásico de aquellos tiempos, tenía una gracia natural que le salía en los momentos de mayor apuro, y de él voy a contar un par de cosas. Una noche se tomó unas copas estando en el Cursal en Sevilla y armó jaleo. En aquel momento pasaba por la puerta un municipal, muy conocido por sus enormes bigotes, que al oír el escándalo entró, y dirigiéndose a Brajeli y cogiéndole por las solapas lo empujó

hasta la pared de modo que éste no podía ir más para atrás, casi juntando su cara diciéndole:

«— Ahora mismo te voy a detener

Brajeli le dijo:

— Usted me dice lo que quiera, pero no se acerque tanto que van a creer que el bigote es mío».



Fig. n.º 18.— «A José María Medina con el sincero afecto de su amigo». Dedicatoria de Pepe Luis Vázquez, rematando un pase, al autor de este artículo (Fotografía cedida por el autor).

Otro día estábamos retentando vacas a campo abierto, y el hijo de Brajeli que era novillero estaba a pie con el capote poniendo las vacas en suerte. Una de éstas, vieja y toreada como es natural por ser una retienta, lo cogió y se lo montó encima. Brajeli seguía la faena desde los autos que estaban a unos sesenta metros. Los que estaban con él le gritaban:

— «¡Brajeli que a tu hijo lo mata la vaca!

El dio una carrerilla y a los diez o quince metros se volvió corriendo, así varias veces, hasta que la última, volviéndose al público, les dijo:

— ¿Pero qué queréis que jaga? ¿Es que acaso su padre es un burladero?».».

Mi primer encuentro con Juan Belmonte personalmente fue en el año 1934 en el extranjero, en diciembre y con bajísimas temperaturas, tres cosas poco taurinas. Desde sus primeras palabras, admiré en él su inteligencia natural, simpatía y conocimientos, por lo mucho que había leído y seguía leyendo. Se habló de todo pero, naturalmente, acabamos hablando de toros.

Antes de esta fecha, lo había visto muchas veces en la plaza, desde el año 1919, en mi primera corrida. Esta fue la de la Cruz Roja, presidida por la Reina Victoria Eugenia, y el cartel era: Rafael *el Gallo*, *Joselito*, Juan Belmonte e Ignacio Sánchez Mejías. ¡Qué personalidad tan distinta la de cada uno de ellos en el toreo! Los definiría con cuatro palabras: arte, dominio, profundidad y valor. Los toros también fueron variadísimos pues eran de ocho distintas ganaderías ¡y, además, de aquellos tiempos!

Cuando años después, ya amigo de Juan, le comentaba mi primera corrida, él me decía: «¡Lo que tú no sabes es el dicho tan propio de Rafael aquel día! Acabó la corrida, subimos al palco a saludar a la Reina, a la vez que el Teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería nos iba entregando unas petacas de plata. Al llegar a Rafael, éste le dijo: No, yo se lo agradezco, muchas gracias, ahora si ustedes quieren lo que yo me hago es hermano maestrante».



No volví a ver a Juan hasta agosto de 1937, en que fui a pedirle que actuase en un festival benéfico que se iba a celebrar en una plaza de madera en el pueblo de Pilas, donde era yo alcalde. Aunque el ruedo era pequeño y dificultaba su toreo a caballo, no puso el menor inconveniente e incluso me ofreció para la organización de éste la colaboración de su her-



Fig. n.º 19.— *Belmonte* en el Festival de Pilas que organizó el autor de este artículo (Fotografía cedida por el autor).

mano Manolo. Me entrevisté con toreros y ganaderos, y el cartel quedó de la siguiente forma: Toros de Concha y Sierra, Félix Moreno, Miura, Pablo-Romero, Moreno Santamaría y Villamarta. Para Juan, Luis Fuentes Bejarano, Pepe Bienvenida, Pascual Márquez, a quien años después mataría un toro en la plaza de Madrid; y los debutantes de aquella

fecha, Juanito Belmonte y José Ignacio Sánchez Mejías. Iba a torearla también Manolo Bienvenida, pero días antes me llamó su padre *el Papa Negro*, para decirme que Manolo no podría torear por encontrarse enfermo. Fue el principio del mal que le llevó a la muerte.

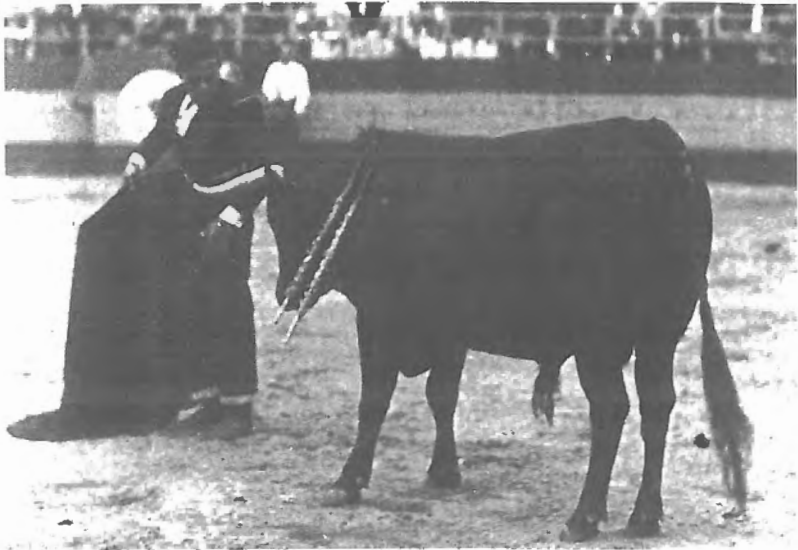


Fig. n.º 20.— Pascual Márquez en el mismo Festival de Pilas (Fotografía cedida por el autor).

Es curioso ver la mentalidad de cada ganadero, pues mientras hubo uniformidad total en regalar un toro, cada uno ponía sus condiciones. Félix Moreno Ardanuy mandó un precioso toro cárdeno asaltillado, descarado de pitones (para el aficionado actual un victorino, pues era la misma sangre), y sólo puso una condición, que no se le tocase un pitón, porque en ese caso lo retiraba. La viuda de Concha y Sierra dijo que eligiésemos el que quisieramos del cerrado.

Elegimos uno que era una preciosidad. El conocedor nos dijo que ése no podía ser, porque la señora quería echarlo ese año a las vacas, por su magnífica reata. Cuando se enteró la ganadera, dijo que ella tenía sólo una palabra y la había dado, que si aquel era el elegido, era el que iba. Otro ganadero dijo que su toro tenía que ser el mayor del festival. Salió éste a 315 kilos en canal. Los demás también pusieron sus condiciones, reflejando la personalidad de cada uno de ellos. Todos estuvieron bien. El toro de Saltillo le tocó a Luis Fuentes Bejarano, que lo mató de una gran estocada. Este torero madrileño afincado en Sevilla acaba de cumplir ochenta años y, para celebrarlo, ha matado en la plaza de tiente de Javier Moreno un toro en puntas de más de 200 kilos en canal. En esta ocasión las condiciones de que no le tocasen los pitones fue del torero y no del ganadero.

El festival fue un éxito artístico y económico. Como comentario diré que el precio de las localidades era: barrera de sombra veinticinco pesetas, sombra veinte y sol diez pesetas. ¡Igual que ahora!

Si he colocado este rollo, es para que se vea que en aquellos tiempos, los ganaderos ponían las condiciones y mandaban en la fiesta. Hoy han pasado a segundo plano, pues los que mandan son los toreros.

Nuestro tercero y definitivo encuentro fue en otoño de 1939 cuando empecé a coincidir con él en tentaderos, pero mi verdadero trato fue a partir de 1941, en que vino a vivir a mi misma casa. El piso era un ático que hacía esquina, y parecía hecho para alguien tan sevillano como Juan. Desde su cuarto se veía la Giralda, enfrente de la sala, la Torre del Oro, río Guadalquivir, y como fondo su querida Triana de tantos recuerdos para él, y por si fuera poco, a 150 metros, la plaza de la Real Maestranza.

Repito, era tan amante de Sevilla que hasta el insufrible calor del verano le gustaba, y va la anécdota: En el 1956 nos citamos una mañana de julio en el Hotel Velázquez de Madrid, cuando llegué estaba en una mesa esperándome con cara de frío, porque según él «la refrigeración se estaba pasando». Le dije que acababa de oír en la radio del coche que en Sevilla estaban a 40° a la sombra. Con su clásico hablar me dijo «lo que nos estamos perdiendo».

Desde el mencionado 1941, puede decirse que nos veíamos casi a diario. En época de faena de campo, él y yo íbamos siempre juntos. Cuando nos quedábamos en Sevilla, nos reuníamos por la mañana a última hora en Los Corrales, menos los domingos, que después de la misa en la Catedral, la reunión era en la Punta del Diamante, cervecería situada frente a la citada Catedral.

Nunca se sentaba durante la ceremonia, y cuando se le ofrecía una silla no la aceptaba diciendo: «Yo en misa estoy de pie o de rodillas, pues sentarme me parece una trampa».

Normalmente, todas las tardes me avisaba para echar un rato en su piso, donde mano a mano se desahogaba contándome miles de historias de su vida siempre interesantes. En temas taurinos, al que daba más importancia era al toro, y casi todas sus anécdotas se referían a él como base de la fiesta.

Un día hablaba sobre lo pronto que se refrescaban los toros de antes, recordaba un toro de Miura en Bilbao, de los clásicos de esta divisa en aquellos tiempos, que después de dominarlo con la muleta, confiado se puso de rodillas y en ese mismo momento vio en sus ojos que ya estaba como al principio, completamente fresco. No tuvo tiempo de nada, pues se le arrancó como un tren tirándolo por los aires. Después de contar esto se preguntaba él mismo ¿qué hubiese

pasado entonces cortando la faena para ir a cambiar la espada como se hace ahora? En esa misma corrida, le salió a



Fig. n.º 21.— Cañete, el maestro de todos los regeonadores torea a pic y cita desde el estribo a un toro burraco (Fotografía cedida por el autor).

Rafael otro toro de más o menos las mismas características, se lo echaron al corral. Juan estaba preocupado por su amigo y cuando acabó de vestirse se fue para su cuarto poco menos que para darle el pésame; y se lo encontró tranquilo, sentado en la cama y fumándose un puro. Juan le dijo: «¡Qué mala pata Rafael!». El lo cortó diciendo: «El toro era mi contraestilo y la mala pata ha sido para el toro que está muerto».

El toro más bravo que recordaba fue uno de Concha y Sierra, que al tomar el capote, en las primeras verónicas, se dio cuenta que nunca iba a parar de embestir, y que ganaría



Fig. n.º 22.- El toreo que no se degrada a un nuevo espectáculo circense exige las defensas



tegras del animal. Cañero rejonea un toro en punta (Fotografía cedida por el autor).

el que más aguantase, y en este caso fue el toro que en la verónica catorce se lo llevó por delante. El concepto que tenía del toro bravo era distinto del actual. Consideraba que torear un toro bravo era difícilísimo. Tanto es así, que llegó un novillero a darle las gracias (estando en Los Corrales) por haberle conseguido que toreade en la Maestranza. El debutante le dijo:

«— Don Juan, ahora que tenga suerte y que me salga un toro bravo.

Éste le contestó:

— Muchacho pídele a Dios que nunca en tu vida te salga un toro bravo».

Cambiamos de tercio y vamos a pasar a Rafael. Este era fatalista, tenía una teoría totalmente distinta. Decía: «No hay toros fáciles ni difíciles, lo que pasa es que en tos los cerraos, hay un par de toros con la muerte en el pitón y como te toque uno, no hay ná que hasé». Yo me pregunto: cuando Rafael daba sus clásicas espantadas ¿pensaría estar delante de uno de los toros de la muerte en el pitón?

Siguiendo con él, contaré algunos dichos suyos. En la fiesta que dieron los Miura conmemorando el centenario de su ganadería, Rafael mató una becerra. En el brindis, se fue hacia el burladero donde estaba Antonio Miura, y dándole la mano le dijo: «Antonio, va por ti y que nos veamos tos aquí el próximo centenario» ¡Cómo se ve, no estaba muy puesto en centenarios!

Cuando estaba Rafael sentado en la tertulia se acercaba mucha gente a saludarlo, especialmente forasteros que habían venido a las fiestas de Sevilla. Cuando se retiraban le preguntábamos: Rafael, ¿quién era?, y nos contestaba muy serio: «Un partidario». El llamaba así a sus admiradores.



Ha llegado el momento de hablar en serio de Rafael. Fue un gran torero. Necesitaba su toro (de ahí su frase de *contraestilo*). En esto de su toro, no ha sido ni el primero ni el último en necesitarlo, pero cuando le salía éste, hacía el toreo con una alegría, arte y gracia difíciles de superar. El *Divino Calvo* como le llamaban, actuaba en la época de los dos fenómenos y con todo, no perdió nunca su cartel ¡Ya es difícil! Además, era la perfecta definición de una buena persona.

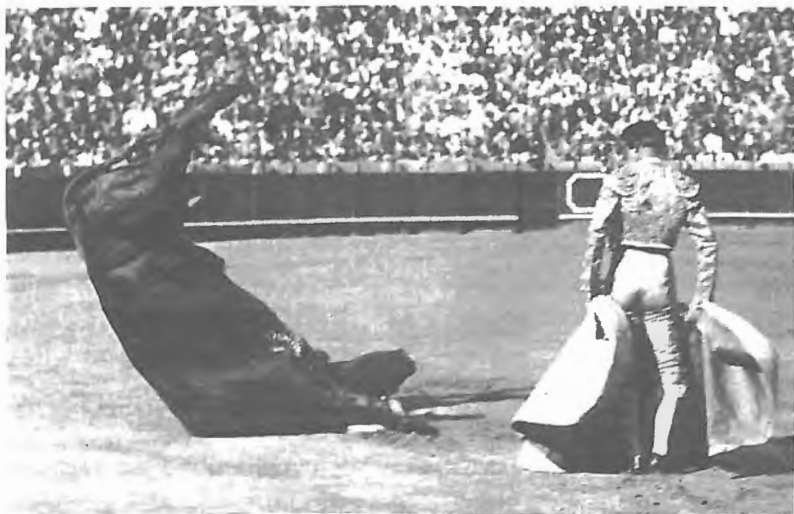


Fig. n.º 23.- El fotógrafo que captura la imagen de la «voltereta» puede decirse que estuvo de suerte, pues no era éste el comportamiento habitual de los toros. No podríamos decir lo mismo hoy, en que las reses suelen caerse de tanto humillar (Fotografía cedida por el autor).

Cuando empecé a ordenar esta charla, tenía muchas cosas que podían entrar dentro del tema, no en balde son veintidos años escuchando a Juan y Rafael. Con una sola anécdota por mes, son 264 por cada uno, así que lo difícil es elegir entre ellas las más ingeniosas y meterlas con un mínimo de

orden para no resultar un pelmazo. Estuve por rajarme, y si no lo he hecho, es por haber dado la conformidad a mi amigo Adolfo Bollaín.

No quiero por lo que he contado, y me queda por contar, que estas dos figuras sean consideradas como dos chistosos profesionales. El gran sentido del humor de Juan y los dichos de Rafael eran propios de sus personalidades. Todo era espontáneo, tanto en el uno como en el otro.

Dejando descansar un poco a mis dos amigos, voy a introducir algunas otras anécdotas. En Sevilla había, y hay, un casino llamado *Los Cuarenta* (al que yo pertenecía) por ser este el número de sus socios. Casi la mitad de ellos eran ganaderos de reses bravas. Uno de los socios y asiduo asistente era don Juan Vázquez de Pablo, con un prestigio entre los allí reunidos, que sus palabras eran como sentencias, eran definitivas. Acababa de comprar una ganadería uno de los socios y estaba en pleno entusiasmo. Volvía por las tardes del campo con su sombrero de ala ancha y sus botos llenos de barro, pedía un café y empezaba a comentar los sucesos del día. «Hoy se me ha arrancao un toro de la corrida de Málaga»; otro día otra cosa y así sucesivamente. Una tarde se dirige a don Juan Vázquez y le pregunta:

«— Don Juan ¿Qué hago? Los toros cada vez se arrancan más a los cabellos de los criaos y me van a matar a uno.

Don Juan con toda seriedad contesta:

— Vístelo de picador».

Contra Sevilla hay una leyenda de que nos gustan más los toreros de Valdepeñas para abajo. Esto no es así. Es cierto que se aprecia mucho la alegría y el arte; pero también cuando un torero de otra región hace el toreo como Dios

manda, la plaza de Sevilla lo 'aprecia' como la que más y los convierten en sus toreros favoritos. Ejemplo: Domingo Ortega, de Toledo y S. M. *El Viti*, de Salamanca. Este último le hizo, hace unos años, a un toro de Samuel Flores una de las faenas más serias y profundas que he visto en toda mi vida.



Fig. n.º 24.- Imagen ilustrativa de lo que era un combate en el tercio de varas. Obsérvese y compárese el tamaño de ambos contendientes. La «acorazada de picar» que hoy en día entra en la plaza arroja sobre autoridades, toreros y público un vergonzoso bochorno (Fotografía cedida por el autor).

Como es natural le cortó las orejas. ¡La gente loca! Empezó la vuelta al ruedo y le tiraron de todo, flores y hasta el rome-ro que llevan siempre los partidarios de Curro. Él las recogía y se las pasaba a sus peones y seguía adelante solo, muy serio y muy triste. Cuando pasó por delante de nuestro palco, Curro Durán, buen aficionado, que se había pasado la faena dándole ¡Olés!, al verlo pasar tan triste se levanta y nos dice: «¡Las ganas que me están entrando de cantarle una saeta!».

Al oír una interesante conferencia pronunciada por doña Tita Martínez sobre la mujer y el toro, me vino al recuerdo una anécdota de una ganadera andaluza, excelente persona, que dedica su vida y trabajo al prójimo y a sus toros. Era una corrida de feria de Sevilla de hace un par de años. Se lidiaban sus toros, y echándole valor fue a su abono, palco bajo de la Maestranza, justo debajo de mi localidad. La corrida iba resultando muy divertida, los toros con la alegría y el picante precisos para llegar a los tendidos y los toreros para andar a gusto con ellos. Ya se habían cortado varias orejas. Sale el quinto, está muy bien en capótes, toma dos puyazos con estilo, y al ponerle por tercera vez en el caballo, tardea, se acuerda de donde salió y vuelve la cara. Carmen se pone en pie como con un resorte y le grita al toro: «¡No hagas eso niño!». Esta ganadera ejemplar es Carmen Núñez.

También recordé en la magnífica e interesante conferencia del gran orador doctor don José Esteban Santisteban, cuando éste habló de la hombría de Ignacio Sánchez Mejías, un gesto que me parece interesante contar. Creo que fue el año 1926 (para fechas soy un desastre, pero que fuese un año antes o después no va al caso). Aquel año Ignacio no había llegado a un acuerdo con la empresa de Sevilla para torear en la Feria, por no aceptar ésta sus condiciones, y en uno de sus característicos desplantes le dijo al empresario: «Pues me contrate o no, este año toreo en la Feria».

Era una mañana de feria, y estando montando a caballo en el Real en compañía de José, *el Algabeño*, nos encontramos con Ignacio que iba con su hermano Aurelio (extraordinario jinete y mejor garrochista) y el hijo de este último. Pepe, entonces un niño (que después sería peón de Alvarito

Domecq). Nos dirigimos a la Venta de Eritaña para tomar unas copas. Ignacio como pensaba en alto dijo: «Esta tarde toreo en la Maestranza». No comprendimos nada, pues no estaba en el cartel, pero no dijo más sobre el particular. Llega la tarde, empieza la corrida, se iba desarrollando normalmente. En el cuarto toro, que le correspondía a Martín



Fig. n.º 25.— Otro toro poderoso desensilla a Álvarez Domecq Díez. Instantánea dedicada por el caballero al autor de este artículo (Fotografía cedida por el autor).

Agüero, torero de Bilbao, gran estoqueador, tocan a banderillas, el matador pide los palos (cosa que parecía rarísima, pues no practicaba esta suerte) y se dirige a una localidad de barrera donde estaba Ignacio, ofrenciéndoselos. Éste salta de su localidad (iba con sombrero de ala ancha, traje claro y zapatos de charol negros), pidió permiso a la presidencia (que por lo visto estaba ya de acuerdo), y colocó cuatro pares extraordinarios, los dos últimos encerrado en tablas. La ovación fue apoteósica. Él con toda la calma antes de volver a su

asiento, pasó por delante del burladero del empresario diciéndole: «¿Toreaba o no en la feria de Sevilla de este año?».

Juan era un verdadero amigo de sus amigos y por ellos era capaz de todo. Estábamos en el año 1941. Para él era una preocupación constante la situación económica de Rafael; decía que no había más remedio que hacer algo para solucionarla, y pensó que lo mejor sería organizar un festival taurino a su beneficio en la Maestranza. Se ocupó personalmente de todo y no paró hasta conseguir el mejor cartel posible en aquella fecha. Lo encabezó él rejoneando un toro (tenía por costumbre poner un par de rejones y echarse a pie para torear, primero de capote y después de muleta, matándolo con la espada). No queriendo que fuesen taurinos los organizadores y sí aficionados, a Manolo Bermudo, teniente alcalde de Sevilla dio el nombre de Enrique García Oviedo, importante exportador de aceitunas, número uno de los «rafaelistas», y el mío como amigo personal del torero.

En la mañana del día del festejo, me llama para decirme que acababan de poner en la taquilla el cartel de “No hay billetes”. El éxito económico estaba asegurado. Pero como el hombre propone y Dios dispone, a última hora de la mañana se empezó a nublar y una hora antes de la fijada para el festival, cayó un diluvio de esos torrenciales que caen en Sevilla. Llegó la hora, el ruedo era una laguna. La plaza totalmente llena con la gente esperando bajo sus paraguas. Seguía lloviendo aunque más débilmente. El tiempo pasaba y como es natural, dado el estado del piso, éste no empezaba. Me mandó llamar Juan urgentemente a la puerta de cuadrillas. Él estaba ya a caballo y me dijo: «Esto no se puede suspender pase lo que pase. El cartel no hay quien lo vuelva a reunir. El dinero



Fig. n.º 26.— Carlos Arruza, gran torero mexicano que compartió tantas veces cartel con *Manolete*, pisa, en esta instantánea dedicada a don José María de Vilallonga, un terreno muy comprometido donde, hasta entonces, ningún torero se había colocado con tanta facilidad (Fotografía cedida por el autor).

está en la taquilla y tiene que llegar a Rafael. El festival tiene que empezar. Se me va a caer el caballo en la cara del toro. El ruedo está imposible hasta para el torero a pie y habrá que suspender, pero después de mi actuación ya el festejo ha comenzado, así que sube al palco y dile a tu hermano que saque el pañuelo». La corrida la presidía mi hermano Rafael por ser el alcalde de Sevilla en aquella fecha. El caballo milagrosamente no se cayó y se puso de arriba como decimos en nuestra tierra, y a los pocos momentos salía el sol. El festejo acabó con un rotundo éxito y los toreros cortaron orejas para llenar una espuerta.

Había dado fin la primera parte, pero quedaba la segunda que era la más difícil. ¿Qué hacemos para que este dinero llegue a Rafael, no se lo gaste o se lo gaste en cuatro días y estemos como antes de empezar? Para discutir la solución nos citamos en la «Cervecería Española» de la calle Tetuán. Estando reunidos apareció Rafael con su puro y sombrero de ala ancha. Juan se adelantó diciéndole: «Estamos haciendo las cuentas» a la vez que le entregaba 2.000 ptas. de las del año 1941. Rafael cogió, llamó a un botones y le dijo: «¡Niño tráeme cigarros!».

Después de pensar el caso, consideramos que lo mejor y más seguro era una renta vitalicia. Esto tenía un riesgo, que vendiese sus derechos. Para evitarlo se hizo un documento que firmó Rafael en el que nos reconocía una deuda a los cuatro organizadores por el valor de la misma. A la que nosotros firmábamos otro diciendo que Rafael no nos debía absolutamente nada y que el exclusivo fin de éste era que la renta fuese llegando a Rafael en su debido momento. Se acordaron las condiciones con la casa de seguros y el director de la misma preguntó:

«— ¿La forma de pago será anual?

Juan contestó casi sin dejarlo acabar:



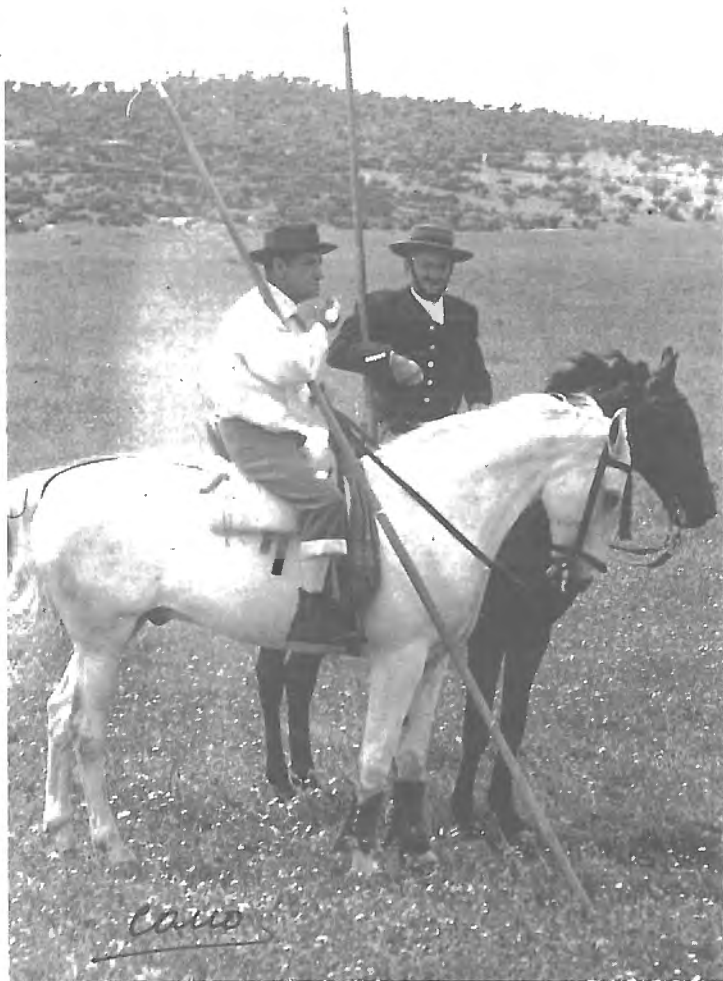


Fig. n.º 27.— Juan Belmonte y el Marqués de Villabragime, un día de acoso en la finca de Domingo Ortega (Fotografía cedida por el autor).

— ¿Anual, cómo anual? Diaria, y la mitad por la mañana y la otra mitad por la tarde».

Al fin se decidió que fuese semanal, y como en teoría, nosotros éramos los beneficiarios, los primeros de año, nos llegaban a la firma los cincuenta y dos recibos. A Rafael esto no le cayó bien al principio y como tenía costumbre de hablar solo decía de vez en cuando: «Que a la edad que tengo yo me hayan salido cuatro niñas». Al final creo que quedó contento con esta solución.

Antes de continuar, quiero hacer un comentario, que lo que hasta ahora haya dicho o pueda decir en el resto de la charla, no se interprete como una alabanza del pasado y crítica del presente, pues no es esta mi intención, es más bien la comparación de dos épocas con mentalidades totalmente distintas, al mismo tiempo que el desahogo nostálgico de un viejo.

Era el año 1966 cuando el príncipe Rainiero y la princesa Grace vinieron a Sevilla a presidir un baile en la Casa de Pilatos a beneficio de la Cruz Roja española. Como éste fue el día anterior a la Feria, se quedaron en Sevilla. En el programa de estos señores se incluía la asistencia a una corrida de toros. Les propusimos que ella fuera de mantilla y él nos pareció que debía ponerse sombrero de ala ancha. Por circunstancias que no vienen al caso, mi mujer y yo fuimos encomendados entre otros matrimonios para acompañarlos durante su estancia. La mañana anterior a la corrida salí acompañado de su ayudante a la compra del sombrero. Llegamos a la sombrerería y le dijimos al dueño que queríamos un sombrero de ala ancha negro, pero desconocíamos la medida del señor al que iba destinado, pero que si no tenía inconveniente, mandase al Hotel Alfonso XIII varios tamaños para quedarnos con el que le estuviese bien. Sacó varios sombreros, y de pronto se me dirige:

«— ¿Puedo hacerle una pregunta?

— No faltaba más, pregunte lo que quiera.

— ¿No será por casualidad para el príncipe Rainiero?

— Pues sí, para él es.

— Entonces no hay más que hablar, mando uno, el de la talla sesenta.

Asombrado le pregunto:

— ¿Cómo ha sabido usted para quién es y además la medida?

— Muy fácil, lo primero porque el domingo pasado lo vi a usted con él en la misa de doce en la Catedral, y lo segundo, como lo tenía delante, le vi la cabeza y le calculé debía gastar un sesenta».

Llegó el sombrero al hotel y le quedaba como hecho a medida. Le había aforado la cabeza como antes aforaban los aficionados las corridas, su peso en canal sin equivocarse en un solo kilo. Hoy lo que manda es la báscula y el peso bruto.

A la tarde siguiente salieron del hotel en coche descubierto, ella guapísima con mantilla negra y él con el sombrero, y así llegaron a la Maestranza entre las palmas del público.

Si comento esto, es porque antes cada uno estaba contento con su profesión u oficio y presumía de ello, el torero de torero. En el siglo pasado siempre iban de corto, en éste he conocido a Rafael *el Guerra* en monterías de la sierra de Córdoba vestido de corto impecablemente. A los tentaderos se presentaban todos los toreros también de corto. Hoy van con esos pantalones que llaman vaqueros de importación americana, que usan indistintamente hombres y mujeres. ¿No es una pena? Pero no son sólo los toreros, es que hasta los curas, que pueden ser igual o incluso mejores que los antiguos, pero que están deseando salir de la iglesia para ponerse el traje de paisano.

Hace unos días fui a ver a Yola Belmonte para decirle que iba a hablar de su padre y más o menos lo que pensaba decir, y ella me contó un dicho más de él, diciéndome no tenía inconveniente en que lo metiese en la charla. Un día, siendo Yola una niña, llegó del colegio y le dijo a su padre:

«— Nos han metido en el curso la política, hoy era comunismo y socialismo, y no he entendido una palabra.

Pues no puede ser más fácil —contestó su padre—. Verás, tu tienes una vaca, si mandan los comunistas te la quitan, pero si son los socialistas no te la quitan, te la dejan, pero te la ordeñan todos los días».

Tenía tal personalidad que en el momento cumbre de su vida torera, decidió cortarse la coleta aunque pensaba seguir toreando. Él lo contaba de la siguiente forma: Una mañana le dio esta idea y se fue a la peluquería que frecuentaba en la calle Sierpes. Al entrar le preguntó el barbero:

«— ¿A afeitarse?

— No a que me corte la coleta.

Lo tomó a broma, pero cuando comprendió que iba en serio la cosa, se quedó de piedra diciéndole:

— ¡Espere usted un momento!»

Y salió a la calle llamando a la gente, y en un momento se llenó la peluquería para ver este caso insólito. Una hora después en toda Sevilla no se comentaba otra cosa.

Muchos se preguntaban qué fundamento tiene la coleta. Según él era para sujetarse la castañeta, cuyo fin era a la vez amortiguar cualquier posible golpe de espaldas evitando la fractura de cráneo.

Durante las corridas se oyen del público muchas veces frases hechas peguen o no. La más corriente es: «No hay

quinto malo». Creo que el ochenta por ciento lo dicen sin saber su origen. Por si alguien no lo sabe lo diré: antiguamente, el ganadero decidía el orden de lidia de sus toros (no había sorteo), y en quinto lugar era costumbre poner el toro en el que tenía más confianza o esperaba más de él.

Tenía una teoría sobre la roñosería, que al roñoso lo que verdaderamente le cuesta es tirar de cartera y sacar cinco duros, y se da la circunstancia de que si éste mismo tiene que firmar un talón gordo, no le cuesta tanto. Él era lo contrario, desde que salía de su casa iba tirando de cartera y de bolsillo según la necesidad del que le pedía ayuda. Lo que Juan dio, nadie lo sabe.

Ahora la anécdota de turno. El primero que le abordaba el año 1941 al salir de casa, al cual daba el primer duro de la mañana, era un gitano. Cuando llevaba esto repitiéndose varios meses, el gitano en cuestión le dijo:

«- Don Juan, yo he pensao que si vengo tos los días y tengo que hacer el viaje, y me da usted un duro, vengo sólo un día al mes y me da usted los treinta duros.

Juan le contestó:

- Trato hecho, pero me lo propones por escrito».

El gitano se presentó con un papel que decía: «Yo, fulano de tal, antiguo betunero, me comprometo a no volver a molestar a don Juan Belmonte más que un día al mes, pa venir a recoger los treinta duros. Por no saber firmar pongo el dedo».

En una ocasión en Madrid, a principios de 1950 cuando acababa de llegar a su casa a almorzar, le dijeron que en la puerta había un taxista que quería verle. Dijo que le hicieran pasar. El taxista venía a entregarle su cartera que se le había caído en el taxi. Juan todavía no la había echado en falta. Le preguntó al hombre:

«- ¿Cuánto dinero tiene la cartera?

Contestó éste:

- 18.000 pesetas.

- Bueno pues tocamos a 9.000 pesetas».

Igual que ayudaba a cuantos se le acercaban, le molestaban mucho los sablistas profesionales. Estando en Los Corrales le preguntó uno de éstos diciéndole:

- «Mira Juan lo distraído que soy, he salido ligero de casa, y cuando estaba en la calle Sierpes, voy a pagar una cosa y me doy cuenta de que he olvidado la cartera. Si me hicieses el favor, dame cincuenta duros y mañana te los devuelvo.

Juan muy serio le contestó:

- Mira se me ha ocurrido una cosa mejor, te voy a dar cinco duros coges un taxi y vas por la cartera».

Señores: Esta charla ha llegado a su fin, soy partidario de faenas cortas, pero no quiero terminar sin decir una última cosa. Los que admiraron a Juan como torero y como hombre, y sean creyentes como yo lo soy, les pido cuando puedan una oración por su alma.

